

mira censurar el escrito del candidato á la plaza que vamos á proveer hoy, pues por una parte no está obligado á tener las mismas convicciones que nosotros, y por otra, no está él aquí para defender sus opiniones; sino porque es natural (al tener que hablar de un escrito importante y sugestivo como el de que hoy tratamos), que á la vez que se relatan las miras que el autor tiene, exprese uno también lo que piensa en la materia.

Cierra el autor su trabajo, describiendo el manual operatorio de la talla hipogástrica, y en términos claros, elegante y concisamente nos da una perfecta idea de la operación; nada tenemos que objetar á esta parte del trabajo.

Por todo lo que ya hemos dicho del candidato; por su clara inteligencia, su conducta intachable y gran amor al trabajo, así como por el empeño que en su estudio demuestra, la Comisión, con verdadero placer, propone á la Academia N. de Medicina, que sin vacilar acepte el Sr. Dr. Díaz Lombardo como socio de número para la plaza que estaba vacante.

México, Noviembre 7 de 1900.

E. LICEAGA. J. VERTIZ. E. VARGAS.



DICURSO

Pronunciado por el Dr. Díaz Lombardo la noche de su presentación en la Academia N. de Medicina.

SEÑORES:

Debido á la benevolencia de vuestros votos, tengo hoy la honra de dirigiros la palabra, dedicando mi discurso á la memoria del Dr. Lavista, maestro venerado de la actual generación médica y cirujano ensalzado en México y en el extranjero.

Ante todo deseo cumplir con una exigencia de mi espíritu agradecido; quiero manifestar la profunda gratitud con que recibo el honor que en estos momentos me concede la H. Academia N. de Medicina.

Basta recordar la importancia de las personalidades médicas que han hecho oír su ciencia en este recinto, basta revisar vuestros interesantes trabajos de los últimos años, para comprender desde luego la importancia de esta Academia que, con justicia, es considerada como la asociación médica más importante de nuestra República.

Ante Corporación tan docta, natural es que se sienta pequeño el individuo y que sus primeras palabras al entrar en ella sean para manifestar agradecimiento. Yo así lo hago, Sres. Académicos; á vosotros que me habéis favorecido con vuestros votos y á la comisión dictaminadora que se mostró singularmente benévola para mí, envío en estos momentos mis palabras de reconocimiento.

Como el artículo 4º del Reglamento de esta Sociedad prescribe que se haga la biografía y elogio del socio que ha fallecido, debo recordar en esta sesión la eminente personalidad del Dr. Lavista. La tarea es ardua, no porque sea difícil encontrar motivos de elogio en la vida de este sabio, sino porque para justipreciar el trabajo de los hombres ilustres, son necesarias inteligencias dignas de ellos. Sin embargo, como yo tuve admiración por el maestro Lavista, me atrevo á decir algo en su memoria, fiado en que la sinceridad puede suplir á la inteligencia en determinadas circunstancias.

Habiendo oído hace unos meses este mismo auditorio las notables piezas oratorias que se pronunciaron á orillas del sepulcro del sentido maestro y las que más tarde se pronunciaron en la Cámara, no seré muy extenso al manifestar mi admiración. Y si mis elogios resultan pálidos, yo os ruego que me ayudeis en el trabajo, recordando las alabanzas que entonces dijeron hombres de la talla del ilustre muerto.

No pudiendo recordar nosotros, con todo el cariño que se merece, la vida privada del Dr. Lavista, yo tomo sólo los datos que se refieren á la ciencia respetando su vida de hogar, pura y sencilla, como privilegio que pertenece á la esposa é hijos, que le lloran aún y que le llorarán siempre.

Inició su vida científica en Durango, lugar de su nacimiento, en donde recibió instrucción hasta los primeros años preparatorios; más tarde vino á esta capital para continuar sus estudios profesionales obteniendo el título de médico el año de 1862. En su época de estudiante, el Dr. Lavista manifestó las cualidades que fueron el sello de toda su vida: inteligencia y dedicación, obteniendo por ellas distinguido lugar en las aulas y preparándose espléndidamente para su futura vida de gloria.

Sería necesaria una relación larga y minuciosa para seguir al Dr. Lavista en cada uno de sus triunfos; por eso me limitaré á recordar las fechas que, en mi concepto, marcaron más su personalidad médica. La primera de ellas que citaré, después de la

de su recepción, es el 21 de noviembre de 1867, día en que la Academia lo aceptó como socio.

Hace, pues, 33 años que el Dr. Lavista ingresó en esta Academia, prometiendo dedicarle á ella sus estudios y su inteligencia; durante 32 años fué digno miembro de ella y en algunas ocasiones dirigió sus trabajos como Presidente. Todos los académicos, así sus contemporáneos como los que posteriormente ingresaron, conservarán en la memoria los elocuentes discursos que pronunció, la inteligencia con que tomó parte en las discusiones de esta sociedad y el empeño con que venía á dar cuenta de sus trabajos. Por estos recuerdos valorizarán la pérdida y pensarán conmigo que aún está vacante el puesto del Dr. Lavista.

Continuando en su actividad nuestro inteligente cirujano, pretendió ingresar en el profesorado de la Escuela para desempeñar las clases de Medicina Operatoria y Patología Externa presentándose sucesivamente á dos oposiciones que perdió. Este mal éxito, que no aminora su mérito, porque los vencedores fueron hombres de gran empuje, dió lugar á que se revelara su carácter, pues, sin mostrar abatimiento y redoblando sus esfuerzos, consiguió su objeto al obtener por oposición la clase de Fisiología el año de 1873. Sin embargo, sus aficiones le llamaban á la enseñanza de la Cirugía, y tan pronto como hubo la oportunidad se presentó á la oposición de Clínica quirúrgica, obteniendo este nuevo triunfo el año de 1874. Desde entonces hasta su muerte desempeñó esta clase en la que hizo numerosas y elocuentes exposiciones.

Este es señores, el fondo de la vida científica del Dr. Lavista, si agregamos alrededor de esto el cúmulo de honores que le prodigaron el gobierno y los particulares, si le recordamos representando dignamente á México en el extranjero, si oímos los consuelos que prodigaba con su palabra y con su ciencia, si le vemos como el fundador del Instituto Anatómico-patológico, tendremos delineada á grandes rasgos la personalidad del insigne cirujano cuya muerte conmovió á la sociedad mexicana el 4 de Abril de 1900.

Para juzgar del mérito científico del Dr. Lavista, creo útil recordar que el medio en el que empezó á desarrollar sus facultades de cirujano era malísimo. Desde luego deben señalarse los pocos elementos de enseñanza quirúrgica que había en sus tiempos de juventud, en seguida las tardías é insuficientes comunicaciones con Europa, centro universal de en-

señanza, y por último, la poca costumbre de los pacientes en la terapéutica quirúrgica.

Este era el medio con que contaba un hombre para hacerse cirujano y si lo comparamos con el medio que en la actualidad hay, palparemos notoria diferencia. Hoy existe en México un grupo de adelantadísimos cirujanos que prodigan su instrucción; hoy las comunicaciones con Europa son tan fáciles que se puede decir que vivimos en ese centro científico y, finalmente, en los hospitales y en la clientela civil podemos proponer una operación sin que el enfermo crea que escucha su sentencia de muerte. Nada de esto existía en aquel entonces y, sin embargo, fué esa la época en que el Dr. Lavista se hizo cirujano.

Yo no niego mis alabanzas al hombre que dotado de cualidades y colocado en un medio favorable, consigue distinguirse; pero para aquel que sobresale desarrollándose en un medio pobre, mis elogios son hijos de la más viva admiración y creo justo llamarle hombre superior. Es este el caso en el Dr. Lavista, mas para realzar su nombre, diremos que fué infatigable en su tarea de dominar al medio: y en su trabajo hubo tanta constancia, tanta energía y tanta inteligencia, que paulatinamente modificó ese medio impropio que había en su juventud, en propicio para la Cirugía, de sus compañeros y de sus discípulos.

Acabando de salir de la Escuela consiguió practicar con brillantez todo lo que entonces era la Cirugía de México. Pronto sintió los huecos grandes que ésta tenía y en su afán de ser útil á la humanidad y por la ambición de conocer la ciencia en todo su esplendor, se esforzó en estudiar los trabajos de sabios europeos y en practicar aquí las operaciones que ellos ideaban. Para conseguir esto, tuvo noches de vigilia sobre sus libros, pasó largas horas en los anfiteatros y, lo que es más grande: expuso, su ya entonces brillante reputación de médico. No ignoraba, en efecto, que cada fracaso en sus tentativas operatorias le acarrearía críticas duras que podrían proporcionarle el descrédito en su clientela. A pesar de esto, asumió el papel de reformador de la Cirugía Mexicana y, lanzado en este camino, más de una vez obtuvo por manos de sus compañeros los aplausos de la crítica inteligente y científica.

Si fuera preciso enumerar aquí los trabajos científicos del Dr. Lavista, pasaría yo en revista todas las grandes operaciones de la Cirugía, pues practicó todas, y algunas de ellas fué él quien por primera vez las introdujo en México. Para recordar sus in-

tervenciones en el cráneo, evocaré los aplausos con que fué recibido en este mismo lugar por médicos y alumnos, el año de 1890; para sus trabajos en Cirugía abdominal, mencionaré que, si no fué el primero, sí fué de los primeros en practicar y popularizar la laparatomía de las vías urinarias, especialidad que practicó con cierta predilección; puede decirse que la conocía á fondo y que algunas intervenciones de este ramo, por ejemplo, el ojal perineal, las propagó bastante haciendo importantes aplicaciones de ellas al diagnóstico y terapéutica quirúrgicos. En fin, citaré la esofagotomía externa, la resección de las grandes articulaciones etc., como otros tantos esfuerzos que hizo por conseguir que México tuviera la cirugía de las naciones europeas.

Hay un establecimiento hijo de su idea y de sus trabajos: El Museo de Anatomía y Bacteriología. Esta fundación, último acto del Doctor Lavista, atestiguará lo que fué en su vida: hombre infatigable y que constantemente miraba hacia el progreso. A impulsos de las nuevas doctrinas, la inteligencia del Dr. Lavista comprendió cuán indispensables son en la actualidad para el estudio de la medicina, la anatomía patológica y la bacteriología; y ni sus triunfos, ni sus trabajos, ni sus años, lo habían fatigado bastante para que no intentara morir como había vivido: siempre en el sendero de la evolución y del progreso.

Para terminar, señores, recordaré lo que tantas veces le oí lamentar, que nuestros sabios murieran sin dejar testigos de su ciencia. Mi querido maestro no fué así, pues en medio de las lágrimas de tantos pacientes como consoló, nos ha dejado sus monografías, su periódico sus trabajos quirúrgicos; su Instituto, como testimonio de excepcionales dotes y de noble ambición por el progreso médico de su patria.

GERMÁN DIAZ LOMBARDO.

REVISTA EXTRANJERA.

Eritema escarlatiniforme, debido á las inyecciones sub cutáneas de cacodilato de sosa.

Mr. Breton dice, que al partir de las publicaciones hechas por los profesores A. Gautier y Renaut, ha empleado el cacodilato de sosa en un gran nú-

mero de enfermos tuberculosos, anémicos, debilitados y convalecientes de enfermedades graves. Hasta hoy no se había observado accidente alguno debido á la administración del medicamento; bien fuese ingerido por el tubo digestivo, bien fuese administrado por la vía hipodérmica, la tolerancia era siempre absoluta.

El hecho siguiente es el primero en que el cacodilato ha determinado accidentes.

Tenemos en tratamiento en el Hospital, sala Eudes III, un hombre de treinta y ocho años afectado de tuberculosis pulmonar derecha en su principio. Como á otros enfermos, le hemos prescrito cada cinco días una inyección sub-cutánea de un centímetro cúbico de una solución rigurosamente graduada y esterilizada de cacodilato de sosa dosada á 0 gr. 30 por centímetro cúbico; y mientras que los otros enfermos toleran perfectamente el medicamento, este hombre se ve afectado desde la primera inyección de un eritema escarlatiniforme generalizado. Para bien determinar la acción del cacodilato de sosa, hemos persistido en el tratamiento y después de cada inyección se ha producido una manifestación de eritema.

He aquí de qué modo ha ocurrido. Practicada la inyección por la tarde, el enfermo se siente afectado por la noche de malestar general, de sensación de calor y de ardor en la piel, lo cual provoca el insomnio. Un prurigo en extremo desagradable impele al enfermo á rascarse y determina la agitación.

Doce ó catorce horas después de la inyección y como continuación de estos pródromos, aparece el eritema.

De aspecto escarlatiniforme se generaliza y se acusa sobre todo en las zonas de presión, tales como la espalda, los hombros y las nalgas, borrándose la rubicundez bajo la presión digital y reapareciendo inmediatamente que cesa. La apiresia es absoluta. Nada de anormal por lo que á las mucosas se refiere: orina normal, nada de estreñimiento. El enfermo pierde algún tanto el apetito, pero no tiene sabor de boca característico. El máximo de intensidad de la erupción se presenta en las veinticuatro horas siguientes á la inyección. Treinta y seis horas después el eritema palidece y desaparece al tercer día sin dejar huella alguna.

La piel recobra su coloración normal y no existe descamación.

Trátase ciertamente de una idiosincrasia, pero bueno es señalarla toda vez que el cacodilato de sosa se emplea en ciertas dermatosis. No se puede, en efecto, eliminar ni la pureza de la solución, ni las precauciones antisépticas, toda vez que entre gran número de enfermos solamente éste ha presentado dicho eritema.

Este caso viene, pues, á agregarse á los publicados por Mr. Balzer, en los que se produjo una dermatitis exfoliativa á continuación de administrar cacodilato de sosa.

(Gaz. des Hôpitaux.)